

Los funerales del Panteón de París como disputa simbólica entre la Monarquía y la Asamblea Nacional

PABLO FACUNDO ESCALANTE

Resumen

La Revolución francesa impuso una ruptura en el régimen político vigente hasta 1789, trasladando la soberanía del rey a la Nación, sin rechazar, no obstante, el principio de gobierno monárquico. Esta coexistencia entre el rey y la Asamblea Nacional generó en la última una urgencia por legitimarse ante la opinión pública. La creación de nuevas ceremonias y símbolos nacionales fue una de las tantas estrategias utilizadas para ello. Este artículo se ocupa de los funerales de Estado celebrados en 1791 y de los alcances políticos que representaron al suponer una disputa simbólica entre el monarca y la Asamblea.

Palabras clave

Revolución francesa, funerales de Estado, Asamblea Nacional, Luis XVI, disputa simbólica.

Abstract

The French Revolution imposed a rupture in the dominant political regime until 1789, by transferring the sovereignty from the king to the Nation, without rejecting, however, the principle of monarchic government. This coexistence between the king and the National Assembly generated in the latter the urgency for legitimate itself before the public opinion. The creation of new ceremonies and national symbols was one of the many strategies used to it. This article deals with the State funerals held in 1791, and deals with the political implications that they represented by supposing a symbolic dispute between the monarch and the Assembly.

Key words

French Revolution, State funerals, National Assembly, Louis XVI, symbolic dispute.



Recibido con pedido de publicación el 12 de abril de 2012

Aceptado para su publicación el 2 de agosto de 2012

Versión definitiva recibida el 17 de agosto de 2012

Pablo Facundo Escalante es investigador del CONICET y docente de la Universidad de Buenos Aires.

ESCALANTE, Pablo Facundo "Los funerales del Panteón de París como disputa simbólica entre la Monarquía y la Asamblea Nacional", en **prohistoria**, núm. 17, año XV, 2012, pp. 25-50.

En junio de 1789, la revolución del Tercer Estado planteó una ruptura radical con los principios sobre los que se había sostenido hasta entonces el edificio político francés. La Asamblea Nacional, luego Constituyente, se erigió entonces como un nuevo órgano de gobierno que le disputó la soberanía a la persona del rey y pretendió ejercerla en nombre de la Nación, a la cual afirmaba representar¹. De esta manera, la soberanía nacional y la división de poderes se establecieron como los nuevos principios políticos y fueron inmediatamente consagrados en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, piedra angular sobre la que se intentaba cimentar el nuevo gobierno². Sin embargo, el principio de la soberanía nacional, tal y como había sido planteado en el artículo tercero de la *Declaración*³, representaba un arma de doble filo, pues al tiempo que, unido al principio de la división de poderes, otorgaba a la Asamblea una cierta independencia del poder regio y la equiparaba en lo que respecta a autoridad, también obligaba a los revolucionarios a legitimar sus acciones constantemente, ya que había sido la propia Asamblea la que había dado a luz a la Nación y no a la inversa, como ellos lo pretendían.

Por otra parte, los revolucionarios del '89 no tuvieron en ningún momento la intención de abolir el régimen monárquico, sino, más bien, de atemperarlo para alejarlo así de los vicios del despotismo⁴, lo cual contribuyó a complejizar aún más la situación. En efecto, los sucesivos regímenes

¹ “El Tercer Estado abarca pues todo lo que pertenece a la Nación; y todo lo que no es el Tercer Estado no puede considerarse como perteneciente a la Nación. ¿Qué es el Tercer Estado? Todo”, SIEYÈS *Qu'est-ce que le Tiers-État?*, París, 1789, p. 9: « Le Tiers embrasse donc tout ce qui appartient à la Nation; & tout-ce qui n'est pas le Tiers ne peut pas se regarder comme étant de la Nation. Qu'est-ce le Tiers? Tout ». Véase también, BREDIN, Jean-Denis *Sieyès: la clé de la Révolution française*, Éditions de Fallois, París, 1988.

² Cf. *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, en *La Constitution française, décrétée par l'Assemblée Nationale Constituante, aux années 1789, 1790 et 1791; acceptée par le Roi le 14 septembre 1791*, de l'imprimerie de Didot Jeune, París, 1791; véase también GAUCHET, Marcel *La Révolution des droits de l'homme*, Gallimard, París, 1989.

³ “El principio de toda Soberanía reside esencialmente en la Nación. Ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no emane expresamente de ella”, *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen...*, cit., art. 3, p. 7: « Le principe de toute Souveraineté réside essentiellement dans la Nation. Nul corps, nul individu ne peut exercer d'autorité qui n'en émane expressément ».

⁴ En el reporte sobre los cuadernos de quejas, realizado el 27 de julio de 1789 por Clermont-Tonnerre, se da cuenta de la existencia de dos posturas bien claras, a saber, aquella que busca corregir los abusos del sistema político vigente y la que exige una constitución totalmente nueva; sin embargo, se remarca el hecho de que ambas posiciones reconocen que el régimen de gobierno debe seguir siendo el monárquico y que, a través de esos cuadernos, el pueblo francés ordena mantenerlo [véase MAVIDAL, Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires de 1787 à 1860. Recueil complet des débats législatifs & politiques des Chambres françaises*, Première Série (1787 à 1799), tomo VIII (del 5 de mayo al 15 de septiembre de 1789), Paul Dupont, París, 1875, pp. 283-285]. En efecto, aquella voluntad se mantuvo incluso luego del episodio de Varennes, y la Constitución sancionada el 3 de septiembre de 1791 ratificó a la monarquía como régimen de gobierno [véase *La Constitution française...*, cit.].

republicanos de Francia tuvieron la misma necesidad de legitimarse, pero en una situación donde los aspirantes monárquicos se encontraban desplazados o en el exilio, es decir, en una situación en donde los republicanos habían logrado ejercer pleno control sobre el aparato del Estado. Por el contrario, en el régimen que se impuso en 1789, el rey fue confirmado como encargado del poder ejecutivo. La coexistencia del monarca y de la Asamblea en el seno del Estado planteaba así una dificultad complementaria al problema de la legitimidad, pues, a diferencia de los ochocientos años de tradición sobre los que se asentaba la monarquía, el Nuevo Régimen se alzaba sobre las ideas políticas que se habían desarrollado a lo largo del siglo XVIII y necesitaba consolidar sus cimientos ante una “legitimidad regia a la vez vaciada de substancia y siempre formidable”, para utilizar las palabras de Marcel Gauchet. En consecuencia, además de intentar dar una solución a los problemas por los que atravesaba Francia y que habían dado origen a la convocatoria de los Estados Generales, la Asamblea Nacional tuvo que desarrollar mecanismos para legitimarse políticamente ante esa Nación que había sido convertida por ella en la última instancia de legitimidad.

Las nuevas liturgias políticas, símbolos nacionales y fiestas cívicas que fueron creadas para celebrar y conmemorar la Revolución, contribuyeron a anclar el sentido de pertenencia en la población, a través de la participación y la comunión con los mismos, facilitando la adhesión popular al Nuevo Régimen y otorgándole la legitimidad que le era necesaria⁵. Dentro del registro ceremonial revolucionario de este período de monarquía constitucional, resulta particularmente llamativa la realización de dos funerales de Estado para personas que no eran ni el rey, ni algún miembro de la familia real, a saber, Mirabeau, el “orador del pueblo”, el 4 de abril de 1791, y Voltaire, uno de los más importantes y reconocidos pensadores de la Ilustración, el 11 de julio del mismo año. Tales funerales, que luego fueron conocidos con el nombre de “panteonizaciones”⁶, resultan llamativos no sólo porque iniciaron una tradición que perduró en el tiempo, llegando, incluso, hasta la V República, sino también porque resucitaron una práctica que había desaparecido hacía tiempo del registro ritual monárquico y que, intencionalmente o no, se estableció en estricta oposición simbólica contra la propia monarquía a la que las instituciones políticas intentaban preservar. Esta última observación es la que ha dado origen al presente artículo.

⁵ Cf. OZOUF, Mona *La Fête révolutionnaire, 1789-1799*, Gallimard, París, 1976; véase también REICHARDT, Rolf E. *La Revolución Francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*, Siglo XXI, Madrid, 2002, especialmente las pp. 224-268 [primera edición en alemán de 1998].

⁶ Llamados así porque era en el Panteón de París, la antigua iglesia de Santa Genoveva, donde concluía la ceremonia, con la inhumación de los restos mortales de aquellos “grandes hombres” a quienes la nación francesa había reconocido como merecedores de ese honor; véase OZOUF, Mona “Le Panthéon”, en NORA, Pierre (ed.) *Les lieux de mémoire*, tomo I: *La République*, Gallimard, París, 1984, pp. 139-166.

Naturalmente, no se trató de una reproducción idéntica de las antiguas ceremonias fúnebres reales, pero resulta evidente, como lo ha notado Antoine de Baecque, que los revolucionarios se apropiaron del esquema narrativo, ceremonial y sagrado, junto con el registro estético de la monarquía católica francesa⁷. Aunque seguramente existen elementos constitutivos comunes en ambas ceremonias —siendo, quizás, la procesión que atravesaba París para llegar al sitio de entierro el más evidente de todos—, el foco de análisis se concentrará fundamentalmente en aquel esquema narrativo, es decir, se pondrá el énfasis en los aspectos de fondo más que en la forma. En efecto, es en el esquema narrativo donde se montaron principalmente los dispositivos simbólicos del funeral que permiten realizar un estudio comparativo sin perder el rumbo con las características particulares que adquirió cada uno de ellos y que sólo contribuyen a desviar la mirada de los elementos en común⁸. En consecuencia, es apropiado comenzar el análisis con los funerales regios para así poder señalar luego las semejanzas con las ceremonias fúnebres revolucionarias.

La celebración de ritos mortuorios para los reyes fallecidos es una práctica tan antigua como la monarquía misma. Sin embargo, en Francia las ceremonias fúnebres reales adquirieron un carácter más complejo a lo largo de la Baja Edad Media y dejaron de ser meramente un espectáculo dedicado a la memoria del difunto para convertirse en una verdadera *mis en scène* de los misterios del culto monárquico, alcanzando su máximo apogeo durante el siglo XVI. Dado el contexto histórico en el que se desarrolló el ritual, éste quedó profundamente cargado por la sensibilidad religiosa del período gótico, particularmente por las festividades del *Corpus Christi*⁹. En consecuencia, los funerales regios asumieron un carácter esencialmente cristológico, que, en el ceremonial, se tradujo en la adopción del esquema narrativo de la apoteosis, fundado sobre el tríptico dolor/muerte/resurrección.

El esquema narrativo de la apoteosis resultó sumamente útil para representar de una forma visible, corpórea por decirlo así, la teoría política de los dos cuerpos del rey, que se había originado hacia finales del siglo XII y

⁷ Cf. BAECQUE, Antoine de *La gloire et l'effroi. Sept morts sous la Terreur*, Éditions Grasset & Fasquelle, París, 1997, especialmente las pp. 22-75.

⁸ Con esto último no se pretende negar el contenido simbólico de las formas, ni restarles importancia, pero resulta evidente la poca utilidad que revisten en este caso para un análisis comparado,

⁹ Ralph Giesey sugiere que existen algunas conexiones directas entre la procesión de la ceremonia fúnebre real, donde la efigie era trasladada bajo un palio, y la procesión del *Corpus Christi* donde la hostia era llevada en forma similar [véase GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony in Renaissance France*, Droz, Ginebra, 1960, nota nº 49, p. 190]. Estas similitudes fueron señaladas concretamente debido a que el *Corpus Christi* es una festividad que se desarrolló en la misma época, de manera paralela a los funerales regios, pero no se debe perder de vista que la francesa es una monarquía cristiana, con lo cual, los elementos cristológicos estuvieron presentes siempre en sus rituales y simbología, de manera más o menos pronunciada.

principios del siglo XIII en la pluma de los juristas italianos, y que fue rápidamente difundida por los publicistas monárquicos en el resto de la Europa occidental. Si bien aquella teoría fue apropiada por la monarquía francesa, jamás alcanzó una exposición sistemática, sino que fue elaborándose como un gran *collage* donde no abundaba la coherencia y en el que intervinieron ideas provenientes del derecho, de la filosofía política, de la teología y la racionalización de elementos que surgieron en el propio ceremonial¹⁰. Con todo, esta teoría podía reducirse a una sola fórmula que, sin dudas, si no facilitaba su comprensión, al menos sí favorecía su diseminación: *le roi ne meurt jamais*. El significado de aquella fórmula puede ser resumido en la idea de que, aunque los reyes, en tanto que individuos, son mortales, la monarquía como tal es perpetua, no muere nunca. En líneas generales, pues, la teoría de los dos cuerpos del rey sostenía que el cuerpo político del reino o *corpus mysticum*, de donde emanaba la *dignitas* real, se trasladaba de soberano en soberano sin solución de continuidad¹¹.

Dado que en aquella teoría enfatizaba la inmortalidad de la monarquía, el esquema narrativo de la apoteosis, al finalizar la ceremonia con la idea de la resurrección, resultaba entonces sumamente efectivo para imprimir esa creencia en el público con toda la fuerza que proveía la experiencia participar en tales funerales, aun en carácter de espectador¹². De esta forma, rito e ideología se adaptaron, no sin incoherencias ciertamente¹³, generando un espectáculo que no

¹⁰ Giesey ha subrayado el hecho de que, aunque surgieron de fuentes separadas, en un momento determinado el ceremonial y la teoría política se complementaron la una a la otra, en un proceso de retroalimentación que contribuyó al refuerzo de la una a través de la otra y viceversa. Así, por ejemplo, la fórmula *Le roi est mort! Vive le roi* —que, junto con *le roi ne meurt jamais*, se convirtieron en las dos caras de la misma divisa monárquica, bajo el amparo de la teoría de los dos cuerpos del rey— se originó en el ceremonial y de allí se trasladó al pensamiento constitucional [véase GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., pp. 125-126].

¹¹ Poda una exposición *in extenso* de la teoría de los dos cuerpos del rey, véase KANTOROWICZ, Ernst Hartwig *The King's Two Bodies. A Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton University Press, Princeton, 1997 [primera edición de 1957].

¹² Tanto Roger Chartier [cf. “¿El rey desacralizado?”, en CHARTIER, Roger *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995, pp. 127-151 (primera edición en francés de 1990)], como Alain Boureau [cf. BOUREAU, Alain *Le simple corps du roi. L'impossible sacralité des souverains français. XV^e-XVIII^e siècle*, Les Éditions de Paris, París, 1988] han expresado su escepticismo en cuanto a la eficacia de las ceremonias regias como instrumentos de la monarquía para diseminar su ideología. Esta perspectiva ya fue debidamente contestada en un trabajo de mi propia autoría al que me permito remitir: “La persona de los reyes es sagrada’. Algunas reflexiones en torno a la sacralidad regia en la cultura política del Antiguo Régimen francés”, presentado en ocasión de las XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia.

¹³ Giesey subraya específicamente el hecho de que la fórmula jurídica *le roi ne meurt jamais* es incompatible con el ritual ya que aquella expresa cuán pronto el nuevo rey adquiere la *dignitas* (al momento de la muerte del predecesor) en tanto que el funeral expresaba cuánto tiempo el

sólo le rendía honores a un gobernante particular, sino que además se los rendía al propio régimen, fomentando al mismo tiempo el culto hacia la institución monárquica.

En esta representación de los arcanos del poder que fueron los funerales regios, la efigie del rey —introducida de manera fortuita a causa de la imposibilidad de exhibir el propio cuerpo del soberano debido al alto grado de descomposición del mismo— se convirtió gradualmente, por efecto de la reproducción, en un elemento fundamental de todo el drama¹⁴. Investida de las *regalia*, la efigie devenía en la encarnación misma de la, hasta entonces invisible, *dignitas* real. En tanto que representación del *corpus mysticum* del reino, la efigie cumplió una doble función: en términos litúrgicos, se trató de una marioneta interregnal que jugó un rol ritual-constitucional en la transferencia ceremonial del poder; en términos legales fue una especie de antropomorfismo constitucional con propiedades mágicas que restringían los poderes del nuevo rey¹⁵. De esta forma, el objeto de la ceremonia fúnebre, al menos durante el siglo XVI, consistió precisamente en condicionar el poder del nuevo monarca, no tanto en el campo jurídico, como advirtió Giese, ya que estaba habilitado a emitir edictos, sino más bien en términos de la “manifestación pública y visible de su poder”¹⁶.

Las transformaciones de los modelos políticos en el siglo XVII y de las formas en que se ejercía la soberanía por el monarca contribuyeron de manera significativa a la decadencia de las ceremonias fúnebres. En efecto, como lo ha subrayado Roger Chartier, el absolutismo monárquico, al apropiarse en la persona del rey de los atributos que habían pertenecido antes a la monarquía misma, “invalidará la vieja manera de pensar y presentar el poder, insistiendo más en el carácter absoluto del poder real que en la naturaleza perpetua de su dignidad”¹⁷. A causa de estas transformaciones, las ceremonias fúnebres perdieron la función que habían tenido durante el siglo XVI, abandonando paulatinamente el esplendor que las había caracterizado. En consecuencia, el

antiguo rey retenía la *dignitas* (hasta su entierro); véase GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., pp. 177-183.

¹⁴ Las “cosas regias no pueden jamás permanecer mucho tiempo sin alguna explicación significativa — es decir, mientras la génesis de una costumbre puede haber sido fortuita, la preservación de la misma casi inevitablemente supone una racionalización, o mistificación” [GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., p. 26: “things royal can never remain long without some meaningful explanation — that is to say, while the genesis of the custom may have been fortuitous, the preservation of it almost inevitably involved a rationalization, or mystification”].

¹⁵ Cf. GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., pp. 183-192.

¹⁶ GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., p. 179: “The funeral ceremony, however, at least through the sixteenth century, did constrict the power of the new king — not legally (for he issued edicts in his own name from the moment of his predecessor’s death) — but in terms of visible public manifestation of his power”.

¹⁷ CHARTIER, Roger *Espacio público...*, cit., p. 142.

funeral de Enrique IV, en 1610, fue el último en utilizar la efigie (véase las Figuras 1 y 2, especialmente la Figura 1-8, en anexo al final del presente artículo), en tanto que el de Luis XV, en 1774, no sólo se resolvió de manera expeditiva, sino que además, debido a la animosidad que el soberano se había granjeado en París, el cortejo fúnebre que trasladó su cuerpo de Versalles a Saint-Denis, y que debía pasar obligadamente por París, se realizó de noche, con objeto de evitar el escarnio público¹⁸. Desde luego, como ha subrayado Avner Ben-Amos, “Los reyes absolutistas no renunciaron al uso del esplendor para propósitos políticos, sino que lo utilizaron de forma diferente: luego de retirarse de París a Versalles, el sistema ceremonial regio fue interiorizado. Su foco fue la corte y las relaciones entre el rey y la nobleza, y tuvo lugar principalmente en espacios cerrados en presencia de una selecta audiencia en lugar de en las calles de París”¹⁹.

Con todo, las majestuosas ceremonias fúnebres que caracterizaron a la monarquía del siglo XVI no habían sido del todo olvidadas, y permanecían en la memoria de ciertos sectores de la sociedad. Efectivamente, en una publicación de 1786, el jurista Pierre Guyot expresaba que “La muerte de un Rey, que es en el orden de la religión el espectáculo más estremecedor de la fragilidad de las grandezas humanas, es en el orden civil y político un acontecimiento remarcable por las ceremonias que la suceden”²⁰. No cabe duda de que Guyot aún tenía en mente a los funerales del Renacimiento al momento de escribir eso, pero, de existir alguna, ésta queda disipada completamente cuando, a continuación, opone la magnificencia de la ceremonia de Enrique IV (último monarca con quien se utilizó la efigie), con la sencillez del funeral de Luis XV (que, según el autor, estuvo vinculada al alto riesgo de contagio que suponía la enfermedad que le había dado muerte²¹). A pesar de haber sido abandonados en la práctica, es precisamente sobre el recuerdo aún presente de

¹⁸ Cf. HEILLY, Georges de *Morts royales*, Achille Faure, París, 1867, pp. 110-111 ; véase también MEYER, Daniel “Les Obsèques de Louis XIV et de Louis XV”, *Revue de l'histoire de Versailles et de Seine-et-Oise*, nº 58, 1970, pp. 67-86.

¹⁹ BEN-AMOS, Avner *Funerals, Politics, and Memory in Modern France, 1789-1996*, Oxford University Press, Nueva York, 2000, p. 19: “The absolutist kings did not give up the use of splendor for political purposes, but they used it differently: after withdrawing from Paris to Versailles, the royal ceremonial system was internalized. Its focus was the court and the relations between the king and the nobility, and it took place mainly in closed spaces in the presence of a selected audience instead of in the streets of Paris”.

²⁰ GUYOT, Pierre J.-J.-G. *Traité des droits, fonctions, franchises, exemptions, prérogatives et privilèges. Annexés en France à chaque Dignité, à chaque office & à chaque État, soit Civil, soit Militaire, soit Ecclésiastique*, tomo I, París, 1786, p. 89: « La mort d'un Roi, qui est dans l'ordre de la religion le spectacle le plus frappant de la fragilité des grandeurs humaines, est dans l'ordre civil & politique un événement remarquable par les cérémonies qui la suivent ».

²¹ Cf. GUYOT, Pierre J.-J.-G. *Traité des droits...*, cit., pp. 89-103. Naturalmente, se trata de la “versión oficial” del funeral de Luis XV, ya que, para obtener el sello del rey y poder publicar su tratado, Guyot debía ser condescendiente con el difunto monarca.

aquellos grandes funerales de Estado que los revolucionarios construyeron su propio rito.

Sin embargo, la posibilidad de rendir honores fúnebres desde el Estado a personas que no pertenecían a la realeza sólo fue pensable gracias a un proceso que se desarrolló a lo largo del siglo XVIII. En efecto, la opinión pública, a la vez que iba cobrando forma como nuevo fenómeno social y político, se fue apropiando de una facultad que previamente le había pertenecido a la monarquía: a saber, la prerrogativa de la gloria. En posesión de dicha facultad, la opinión pública operó un doble desplazamiento en el campo del prestigio social: por una parte, a través de las reiteradas críticas al Gobierno, la propia figura del rey se vio indirectamente comprometida y fue privada de la gloria—no de manera absoluta, ciertamente, pero sí, al menos, en los términos en los que le había correspondido hasta finales del siglo XVII—; por otra parte, a través de elogios y exaltaciones, distintos hombres, provenientes fundamentalmente del campo de las letras y la filosofía, fueron elevados a la misma dignidad que el propio monarca.

De esta forma, como consecuencia de aquel doble desplazamiento en el campo del prestigio social, los grandes hombres se aproximaron al rey y el rey se aproximó a los grandes hombres, convirtiéndose, de hecho, en el primero de aquéllos, en un *primus inter paris* para la opinión pública. Un ejemplo cabal de aquel doble desplazamiento en el campo del prestigio social es la proliferación de pedidos, a partir de 1760, para que se coloquen estatuas de los grandes hombres rodeando los monumentos monárquicos de las plazas públicas, ya que la posibilidad de ser representado en una estatua ubicada en un lugar público era un privilegio solamente de los reyes durante el Antiguo Régimen²².

En todo ese proceso, la Academia francesa tuvo una función esencial. Efectivamente, durante el siglo XVIII, la Academia de París y las academias provinciales organizaron regularmente una serie de concursos literarios que, aunque en su origen tendieron a exaltar el patriotismo monárquico, con el tiempo convirtieron a la Academia, como advierte Jean-Claude Bonnet, en un “conservatorio de la gloria y en templo de memoria en nombre de toda la nación”²³. De esta manera, los honores que tales concursos pretendían rendir a la monarquía, terminaron trasladándose, a través de los premios, a los autores ganadores, quienes se convirtieron de esta forma en grandes hombres, precisamente porque sus méritos habían sido reconocidos por la Academia francesa.

En abril de 1791, la repentina muerte de Mirabeau trajo al seno de la Asamblea la oportunidad de crear una nueva liturgia política que redundase en un mayor prestigio para la Revolución. Aquella voluntad fundadora se puso

²² Cf. BONNET, Jean-Claude "Le culte des grands hommes en France au XVIIIe siècle ou la défaite de la monarchie", *MLN*, vol. 116, n° 4, septiembre de 2001, pp. 689-704.

²³ BONNET, Jean-Claude "Le culte des grands hommes...", cit., p. 693: « conservatoire de la gloire et en temple de mémoire au nom de la nation tout entière ».

claramente de manifiesto en el propio decreto que disponía el destino de los restos del “orador del pueblo”²⁴. De hecho, resulta evidente la intención de organizar un nuevo rito cívico, ya que las disposiciones del mismo exceden el caso puntual de Mirabeau y otorgan a la Asamblea y a las futuras legislaturas las facultades para poder repetir²⁵ aquella práctica con cada “gran hombre” que sea considerado digno de tal honor.

Sin embargo, atendiendo a esa voluntad fundacional, el primer artículo del decreto resulta sumamente significativo, dado que establece las bases del nuevo rito apoyándose en un nuevo espacio y tiempo, elementos que sólo

²⁴ “La Asamblea Nacional, luego de haber oído a su comité de Constitución, decreta lo siguiente: Art. 1^o. El nuevo edificio de Santa Genoveva será destinado a recibir los restos de los grandes hombres, a partir de la época de la libertad francesa. Art. 2. Sólo el cuerpo legislativo decidirá a qué hombres estos honores les serán concedidos. Art. 3. Honoré Riquetti-Mirabeau es juzgado digno de recibir este honor. Art. 4. La legislatura no podrá conceder este honor a uno de sus miembros que acabase de fallecer; no podrá ser concedido más que por la legislatura siguiente. Art. 5. Las excepciones que podrán tener lugar para ciertos grandes hombres muertos antes de la Revolución no podrán ser hechas más que por el Cuerpo legislativo. Art. 6. El directorio del departamento de París será encargado de poner rápidamente el edificio de Santa Genoveva en estado para cumplir su nuevo destino, y hará grabar bajo el pórtico estas palabras: ‘A los Grandes Hombres, la Patria agradecida’. Art. 7. A la espera de que el nuevo edificio de Santa Genoveva sea acabado, el cuerpo de Riquetti-Mirabeau será depositado al lado de los restos de Descartes, en la sepultura de la antigua iglesia de Santa Genoveva”, decreto del 4 de abril de 1791, en MAVIDAL Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires de 1787 à 1860. Recueil complet des débats législatifs & politiques des Chambres françaises*, Première Série (1787 à 1799), tomo XXIV (del 10 de marzo al 12 de abril de 1791), Paul Dupont, París, 1886, pp. 543-544: « L'Assemblée nationale, après avoir ouï son comité de Constitution, décrète ce qui suit: Art. 1^{er}. Le nouvel édifice de Sainte-Geneviève sera destiné à recevoir les cendres des grands hommes, à dater de l'époque de la liberté française. Art. 2. Le corps législatif décidera seul à quels hommes ces honneurs seront décernés. Art. 3. Honoré Riquetti-Mirabeau est jugé digne de recevoir cet honneur. Art. 4. La législature ne pourra pas décerner cet honneur à un de ses membres venant à décéder ; il ne pourra être décerné que par la législature suivante. Art. 5. Les exceptions qui pourront avoir lieu pour quelques grands hommes morts avant la Révolution ne pourront être faites que par le Corps législatif. Art. 6. Le directoire du département de Paris sera chargé de mettre promptement l'édifice de Sainte-Geneviève en état de remplir sa nouvelle destination, et fera graver au-dessus du portique ces mots: ‘Aux Grands Hommes, la Patrie reconnaissante’. Art.7. En attendant que le nouvel édifice de Sainte-Geneviève soit achevé, le corps de Riquetti-Mirabeau sera déposé à côté des cendres de Descartes, dans le caveau de l'ancienne église de Sainte-Geneviève ». Aunque este decreto surgió por iniciativa de una propuesta que realizó el directorio del departamento de París, es preciso reconocer que la Asamblea podría haberla desestimado, como ocurrió con otras tantas proposiciones que fueron presentadas ante ella. En consecuencia, el hecho de que la idea no haya surgido en su propio seno no invalida la existencia de una voluntad entre los diputados de crear conscientemente un nuevo rito cívico.

²⁵ Una de las principales características de cualquier ritual es precisamente la posibilidad de ser repetido, ya que, como ha expresado Claude Rivière, “El aspecto de repetición subraya que el mensaje es siempre duradero y vale para guiar el futuro” [RIVIÈRE, Claude *Les liturgies politiques*, Presses Universitaires de France, París, 1988, p. 141: « L'aspect de répétition souligne que le message est toujours durable et vaut pour guider le futur »].

cobran sentido si son pensados en función de los funerales regios. En efecto, con relación al espacio, Ralph Gieseey ha señalado el hecho de que la utilización de la abadía de Saint-Denis como necrópolis real desde 1137 convirtió al entierro de los reyes en un asunto de Estado, ya que, al consagrar un espacio particular para ese tipo de prácticas, contribuyó sobremanera a la estandarización del ritual²⁶. Desde esta perspectiva, el decreto del 4 de abril consagró de una vez y para siempre al Panteón como el lugar de sepultura de los grandes hombres, instituyendo por ley y por “voluntad de la Nación” lo que antes había sido instituido por la tradición. Sin embargo, es preciso reconocer, como advirtió Ben-Amos, que “la comparación con Saint-Denis es apta sólo hasta cierto punto, ya que el Panteón fue más que un lugar de conmemoración; también se pretendió que fuese un centro educativo dado que para la Revolución estas dos nociones—conmemoración y educación—eran inseparables”²⁷.

La institución del rito funerario en la “época de la libertad francesa”, como indica el decreto en su artículo primero, manifiesta, por otra parte, aquella voluntad fundacional al establecer una división tajante entre el pasado y el presente, que le otorga un carácter esencialmente diferente al funeral, con respecto al que tenían los del Antiguo Régimen. Esta diferencia que se buscaba resaltar entre lo antiguo y lo nuevo queda en evidencia en las palabras de uno de los oradores de la diputación que las secciones de París habían enviado ante la Asamblea para peticionar que se rindiesen homenajes públicos al difunto Mirabeau:

“El siglo de la razón debe enseñar a todos los pueblos que estos honores, que antaño no eran concedidos más que a los soberanos, pertenecen esencialmente al hombre virtuoso que ha tenido suficiente valor para romper las cadenas del despotismo, y establecer las bases de una Constitución que es la gloria y la felicidad de la nación francesa”²⁸.

De esta forma, mediante aquel decreto, se combinaron en una nueva liturgia la tradición de los funerales de Estado, heredada de la monarquía, y la práctica de rendir honores a los grandes hombres, heredada de las Luces.

²⁶ Cf. GIESEY, Ralph E. *The Royal Funeral Ceremony...*, cit., pp. 29-35.

²⁷ BEN-AMOS, Avner *Funerals, Politics, and Memory...*, cit., p. 25: “the comparison with Saint-Denis is apt only to a degree, for the Panthéon was more than a place of commemoration; it was also meant to be an educational centre, since for the Revolution these two notions—commemoration and education—were inseparable”.

²⁸ Intervención del orador de una diputación de las diferentes secciones de París, el 3 de abril de 1791, en MAVIDAL, Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires...*, cit., tomo XXIV, p. 536: « Le siècle de la raison doit apprendre à tous les peuples que ces honneurs, qui n'étaient décernés autrefois qu'aux souverains, appartiennent essentiellement à l'homme vertueux qui a eu assez de courage pour briser les chaînes du despotisme, et établir les bases d'une Constitution qui fait la gloire et le bonheur de la nation française ».

Los funerales de Estado constituían una práctica que resultaba sumamente provechosa para el nuevo gobierno revolucionario, ya que, al honrar la memoria de los “grandes hombres”, considerados como tales por la opinión pública, ésta ejercía una transferencia de la gloria desde el difunto hacia el régimen, lo que redundaba lógicamente en una mayor legitimidad para el mismo. De hecho, el caso de Voltaire requiere una mención especial, dado que al decretar su panteonización, la Asamblea se congraciaba especialmente con la opinión pública que tiempo atrás había juzgado que la propia monarquía no sabía honrar a sus grandes hombres, cuando, en ocasión de la muerte del filósofo, el clero católico le negó la sepultura en París²⁹. En esa ocasión, se había producido el proceso inverso, es decir, el régimen había perdido prestigio ante la opinión pública por haberse negado a rendir los honores correspondientes a la memoria de Voltaire.

En consecuencia, en los funerales de 1791 la transferencia de la gloria hacia el régimen revolucionario se realizó a través de dos vías que, al ser complementarias la una de la otra, le otorgaron una mayor intensidad emotiva al evento. Una de ellas fue la majestad con la cual se celebraron ambos funerales, que puede apreciarse perfectamente a través de los grabados de la época (véase las Figuras 3 a la 8 en el anexo al final del presente artículo). Los testimonios contemporáneos son, asimismo, sumamente elocuentes con respecto al esplendor que caracterizó a las ceremonias fúnebres de Mirabeau³⁰ y de Voltaire³¹. Aunque, evidentemente, este tipo elogios era una costumbre bastante común entre los cronistas de distintos tiempos³², este hecho no le restaba fuerza al mensaje que se intentaba transmitir. Tal y como ha sido

²⁹ Cf. BONNET, Jean-Claude "Le culte des grands hommes...", cit., p. 700.

³⁰ "Jamás la pompa fúnebre del Déspota más poderoso ha presentado a la Europa asombrada un espectáculo tan majestuoso como el Cortejo del gran hombre que Francia acaba de perder", *Détail des honneurs funèbres, rendus hier au soir à M. de Mirabeau, par la nation reconnoissante ; avec les cérémonies qui ont eu lieu à S. Eustache et à Ste. Gèneviève*, De l'imprimerie patriotique, París, 1791, p. 3: « Non jamais la pompe funèbre du Despote le plus puissant n'a présenté à l'Europe étonnée un spectacle aussi majestueux que le Convoi du grand homme que la France vient de perdre ».

³¹ "Nunca las exequias de un soberano habían presentado un conjunto tan majestuoso", PRUDHOMME *Journal de Prudhomme*, tomo I, París, s.f. p. 334, citado en BAECQUE, Antoine de *La gloire et l'effort...*, cit., p. 73: « Jamais obsèques de souverain n'avaient présenté un ensemble aussi majestueux ».

³² Efectivamente, sobre el funeral de Francisco I, el mariscal de Vieilleville había dicho: "Y fue tal esta pompa fúnebre, que no solamente en todas las historias de nuestros reyes, sino de aquellos de toda Europa, no se encuentra ninguna en la que se haya visto jamás una semejante" [SCÉPEAUX, François de "Mémoires de la vie du Mareschal de Vieilleville", cap. XI, en MICHAUD, Joseph François y Jean Joseph François POUJOLAT (eds.) *Nouvelle collection des mémoires pour servir à l'histoire de France depuis le XIIIe siècle jusqu'à la fin du XVIIIe*, tomo IX, Guyot Frères, París y Lyon, 1851, pp. 7-397, cita de la p. 61: « Et fut telle ceste pompe funèbre, qu'en toutes les histoires de nos roys non-seulement, mais de ceux de toute l'Europe, il ne se trouve point que l'on en ait jamais veu une pareille »].

expresado Ben-Amos, “La gigantesca escala de las decoraciones era a menudo el signo de un deseo de convertirse o de volver a otra persona inmortal —es decir, de eternizar una memoria”³³.

La otra forma de transferencia de la gloria fue a través del esquema narrativo de la apoteosis, que se tomó prestado de los funerales regios. Mientras en aquellos la efigie del rey representaba el carácter sempiterno de la monarquía, en las ceremonias fúnebres revolucionarias fueron los propios cuerpos, como ha subrayado de Baecque, los que asumieron esa función. En el caso de Mirabeau, su prestigio se había visto amenazado por los rumores que corrían sobre su muerte: uno, sostenía que había fallecido a causa de una enfermedad venérea; es decir, por desplazamiento, a causa de una vida de vicios y excesos; otro, afirmaba que había sido envenenado por participar en un complot contrarrevolucionario, o sea, por ser un enemigo de la Revolución. Para disipar estos rumores fue necesario realizar una autopsia pública, donde se confirmó que, como lo había diagnosticado su médico personal, Mirabeau murió a causa de una larga y agobiante enfermedad. El carácter indiscutible de este proceso público convirtió inmediatamente al “orador del pueblo” en un mártir de la Revolución: Mirabeau había muerto luchando contra una enfermedad terminal a la vez que luchaba contra el Antiguo Régimen como diputado de la Asamblea. Su prestigio y, por ende, el prestigio del gobierno revolucionario, habían quedado ligados a su cuerpo. Luego de la autopsia, el cuerpo impoluto estaba en condiciones de representar la pureza inmortal del Nuevo Régimen³⁴.

Voltaire, por su parte, ya en vida había adquirido tanto prestigio que su propia persona se había convertido en objeto de culto, al punto que, al momento de su muerte, su amigo, el marqués de Villette, hizo embalsamar su cuerpo y conservó su corazón, también embalsamado, a manera de reliquia personal. De igual forma, durante la exhumación y el traslado del cuerpo, fueron extraídos con la misma finalidad el primer hueso del metatarso, el calcáneo y dos dientes. Sin embargo, más significativo aún fue el hecho de que, al ser desenterrado, el cuerpo de Voltaire se hallaba en excelentes condiciones de conservación, lo que simbólicamente fue interpretado como una victoria del filósofo sobre la muerte y, especialmente, sobre el Antiguo Régimen que lo había agraviado. Esta victoria se convertía en la de la propia Revolución al

³³ BEN-AMOS, Avner “The Sacred Center of Power: Paris and Republican State Funerals”, *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. 22, n° 1, verano de 1991, pp. 27-48, cita de la p. 42: “The gigantic scale of the decorations was also often a mark of a desire to become or to render someone else immortal—that is, to eternize a memory”. Aunque Ben-Amos realizó esta afirmación en referencia a los funerales republicanos, considero que se trata de una observación perfectamente aplicable en el contexto de una ceremonia bajo cualquier otro régimen de gobierno. De hecho, la magnitud de los funerales monárquicos, en tanto que pretendían “volver a alguien inmortal”, entraba en comunión con la fórmula política que sostenía que el rey no muere nunca.

³⁴ Cf. BAECQUE, Antoine de *La gloire et l'effort...*, cit., pp. 21-45.

realizar el traslado al Panteón del cuerpo de Voltaire; su gloria devenía así la gloria del régimen revolucionario³⁵. Tal y como lo advirtió Ben-Amos, el antecedente de la doctrina de los dos cuerpos del rey se evidencia perfectamente en la identificación, propuesta por los propios revolucionarios, entre el cuerpo de estos “grandes hombres” y el Nuevo Régimen³⁶.

La gloria nacional era algo que superaba las individualidades personales y que las absorbía, por este motivo los grandes hombres no eran dueños de sus propios cuerpos, sino que éstos les pertenecían a la Nación. Villette lo había expresado de ese modo en una reunión del Club de los Jacobinos: “De acuerdo con los decretos de la Asamblea Nacional, la abadía de Sellières se ha vendido. El cuerpo de Voltaire reposa allí, le pertenece a la Nación”³⁷. Le Chapelier fue aún más contundente al respecto: “hay una disposición testamentaria del Sr. de Mirabeau, que solicita que su cuerpo sea llevado a Argenteuil, pero los restos de un hombre célebre pertenecen, como su propia persona durante su vida, a la patria”³⁸.

Si la majestad de las ceremonias imprimía la idea de inmortalidad, con la intención de eternizarse en la memoria de los asistentes, el esquema narrativo de la apoteosis, apoyado simbólicamente sobre los cuerpos redimidos de Voltaire y Mirabeau, transmitía esa misma idea, con lo cual resulta evidente que, en tanto que estrategia comunicacional, ambos métodos no sólo se complementaban, sino que además se potenciaban entre sí. Mientras la Asamblea se apropiaba de la gloria individual de los grandes hombres al rendirles homenaje, el tenor de las ceremonias fúnebres, al imprimir la noción de inmortalidad en el público, proyectaba hacia el futuro la propia gloria que se percibía en el presente: si hoy el régimen es glorioso, en tanto que es inmortal, también lo será mañana, y pasado mañana, y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Así pues, el régimen es glorioso y su futuro también lo es. Es lícito pensar que los revolucionarios no tenían las herramientas analíticas para concebir las diferentes formas en que las ceremonias fúnebres operarían en la opinión pública; sin embargo, la proyección de la gloria hacia el futuro fue una función conscientemente buscada por ellos, y esto se evidencia cuando Pastoret, comunicando a la Asamblea lo que había sido resuelto por el directorio del departamento de París el día anterior, sostiene que

³⁵ Cf. BAECQUE, Antoine de *La gloire et l'effort...*, cit., pp. 47-75.

³⁶ Cf. BEN-AMOS, Avner *Funerals, Politics, and Memory...*, cit., pp. 39-40.

³⁷ VILLETTE, discurso del 10 de noviembre de 1790, en *Actes des séances du Club des Jacobins*, citado en BAECQUE, Antoine de *La gloire et l'effort...*, cit., p. 57: « D'après les décrets de l'Assemblée nationale, l'abbaye de Sellières est vendue. Le corps de Voltaire y repose ; il appartient à la Nation ».

³⁸ LE CHAPELIER, intervención del 4 de abril de 1791, en MAVIDAL, Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires...*, cit., tomo XXIV, p. 543: « il y a une disposition testamentaire de M. de Mirabeau, qui demande que son corps soit porté à Argenteuil, mais les dépouilles d'un homme célèbre appartiennent, comme sa personne même pendant sa vie, à la patrie ».

“En medio de los justos lamentos causados por una muerte que, en este momento, puede ser considerada como una calamidad pública, el único medio de distraer su pensamiento es de buscar en esta propia desgracia una gran lección para la posteridad. [...] que el templo de la religión se convierta en el templo de la patria; que la tumba de un gran hombre se convierta en el altar de la libertad”³⁹.

Dado que, como ha indicado Mona Ozouf, “La procesión es un arte del tiempo como también de lo extenso”⁴⁰, las ceremonias fúnebres, regias y revolucionarias, adquirieron el carácter de un cronotopo, concepto desarrollado por Mijaíl Bajtín que sugiere una situación en donde “El tiempo se condensa [...], se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia”⁴¹. En el caso particular de los funerales revolucionarios, pasado, presente y futuro se condensan y se funden con el espacio, intensificando así la gloria del propio régimen. El pasado no es otro que el glorioso pasado individual de los grandes hombres que, a través de la ceremonia, entran en comunión con el presente de la Nación que les rinde honores, proyectando de esta forma esa gloria unificada hacia el futuro; en tanto que estos tres tiempos se fusionan con la majestad de las decoraciones y de la procesión misma, ambas dispuestas sobre el espacio de las calles y del Panteón de París, alcanzando así ese carácter sublime del que dan testimonio los cronistas del momento.

Un espectáculo de semejante magnitud no podía menos que representar una disputa simbólica de la gloria que antes le había pertenecido a la propia monarquía por el mero hecho de mantener un control monopólico sobre los funerales de Estado. De hecho, esta situación cobró autonomía y escapó a la voluntad de la Asamblea misma, pues aunque los diputados no rechazaron a la institución monárquica, en otros ámbitos parece haberse producido una confusión semántica en donde monarquía y Antiguo Régimen adquirieron el

³⁹ PASTORET, intervención del 3 de abril de 1791, en MAVIDAL, Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires...*, cit., tomo XXIV, pp. 536-537, cita de la p. 536: « Au milieu des justes regrets causés par une mort qui, dans ce moment, peut être considérée comme une calamité publique, le seul moyen de distraire sa pensée est de chercher dans ce malheur même une grande leçon pour la postérité. [...] que le temple de la religion devienne le temple de la patrie ; que la tombe d’un grand homme devienne l’autel de la liberté ».

⁴⁰ OZOUF, Mona “Le Cortège et la Ville. Les itinéraires parisiens des fêtes révolutionnaires”, *Annales ESC*, nº 5, 1971, pp. 889-916, cita de la p. 912: « Le cortège est un art du temps aussi bien que de l’étendue ».

⁴¹ BAJTÍN, Mijaíl “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica”, en BAJTÍN, Mijaíl *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, 1989, pp. 237-409, cita de la p. 238. Es preciso reconocer a Ben-Amos el haber sugerido la aplicación del concepto de cronotopo, surgido de la teoría literaria, para los fenómenos sociales y políticos tales como las ceremonias [cf. BEN-AMOS, Avner “The Sacred Center of Power...”, cit., pp. 47-48].

mismo significado, y entonces, los discursos atacando a este último, afectaban de la misma forma a la primera. En consecuencia, durante los funerales revolucionarios, la oposición entre el Antiguo y el Nuevo Régimen se profundizó, manifestándose con mayor intensidad en los testimonios que no dejaban de subrayar la superioridad de las ceremonias fúnebres revolucionarias en comparación con aquellas de los reyes del pasado. Esta situación, asimismo, no se mantuvo en la simple oposición entre pasado y presente, ya que avanzó hacia el rechazo y el desprestigio de ese pasado. Así, por ejemplo, se llegó a plantear el carácter completamente artificial de los funerales regios, al tiempo que se sostenía que en los funerales revolucionarios el sentimiento era auténtico: “un Pueblo entero sirve de cortejo, el dolor de ornamento, y el nombre de Mirabeau, sollozado por todos los Ciudadanos, es su más bella Oración fúnebre”⁴².

Este proceso de confusión semántica y de desprestigio de la monarquía se explica no sólo por el discurso que la propia Revolución había inaugurado en 1789, estableciendo un corte tajante entre el pasado y el presente, sino también por la coyuntura histórica en la que se llevaron a cabo los funerales. En efecto, el de Voltaire, particularmente, se realizó muy próximo al episodio de Varennes, del 21 de junio de 1791, en el cual la familia real había sido descubierta cuando huía de París, y bajo una fuerte agitación anticlerical, causada por la intransigencia de un sector de la Iglesia que no aceptaba la Constitución civil del clero. Se trataba, pues, de un contexto de efervescencia de las emociones, ya que la propia Revolución estaba en riesgo si es que llegaba a triunfar el complot contrarrevolucionario. Aunque al comienzo de la Revolución Luis XVI no había sido asociado con el Antiguo Régimen, disociando la persona del rey de la monarquía, la desilusión momentánea causada por Varennes los había unido nuevamente, combinando, en consecuencia, el desprestigio de la persona y de la institución y potenciando ambos. Desde esta perspectiva, esa coyuntura fomentaba aquella confusión semántica, donde Iglesia, rey y monarquía significaban “Antiguo Régimen”, de manera que, aun momentáneamente, el funeral de Voltaire supuso un escenario donde la Revolución le arrebató completamente la gloria a la institución monárquica.

Por otra parte, no fue solamente la Nación quien le disputó la gloria a la monarquía, ya que el Nuevo Régimen había facultado virtualmente a todos los ciudadanos para convertirse en grandes hombres y, en consecuencia, devenir objetos de culto⁴³. Efectivamente, mientras los funerales monárquicos se

⁴² *Détail des honneurs funèbres...*, cit., pp. 3-4: « un Peuple entier sert de cortège, la douleur d'ornement, & le nom de Mirabeau, sangloté par tous les Citoyens, est sa plus belle Oraison funèbre ».

⁴³ “Todos los ciudadanos siendo iguales ante sus ojos [los de la ley], son igualmente admisibles a todos las dignidades, puestos y empleos públicos, según su capacidad, y sin otra distinción que aquella de sus virtudes y de sus talentos”, *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen...*,

caracterizaron por insistir en la insalvable diferencia de condición entre el rey y sus súbditos, bajo el gobierno revolucionario cualquier hombre podía llegar a alcanzar el carácter sagrado que había sido privativo de los antiguos soberanos. Esto se puso en evidencia particularmente con Voltaire, quien había alcanzado tal grado de sacralidad que distintas partes de su cuerpo se convirtieron en reliquias, con el mismo tenor que habían tenido en otro tiempo los reyes y, especialmente, los santos. Desde luego, la posibilidad de que cualquier ciudadano deviniese en gran hombre y en objeto de culto nacional generó también una disputa simbólica con la monarquía, pues ante la opinión pública ésta aparecía en el mismo nivel o inclusive en un nivel inferior al de los grandes hombres. En ese sentido, resulta revelador que Villette se haya referido a Voltaire como “un simple ciudadano, que fue más grande que todos los reyes de la tierra”⁴⁴.

Las ceremonias fúnebres revolucionarias deben ser entendidas entonces como otra faceta más del discurso auto-referencial que inauguró la Revolución ya en 1789. La Asamblea, al ampararse en la soberanía nacional, necesitaba enfatizar las diferencias entre el Antiguo Régimen, asociado al despotismo, y el Nuevo Régimen, vinculado con la libertad y la felicidad, con el fin de legitimarse. En ese contexto, los funerales de Mirabeau y de Voltaire fueron percibidos como una excelente forma para congraciarse con la opinión pública y destacar, una vez más, aquella diferencia. Esto queda perfectamente en evidencia cuando Regnaud, durante el debate sobre la panteonización de Voltaire, se expresa en los siguientes términos: “este hombre extraordinario, que ha renovado entre nosotros casi todos los campos de la literatura, ha hecho a través de su ejemplo una revolución en la historia. Esta revolución, Señores, ha preparado la nuestra; este es el primer título de Voltaire para el reconocimiento nacional”⁴⁵. Al establecer una relación causa-efecto entre aquel ilustre filósofo y la propia Revolución, Regnaud crea un nexo entre la gloria personal de Voltaire, el prestigio de la tradición iluminista, y el proceso revolucionario.

Si bien los funerales revolucionarios fueron utilizados para resolver el problema siempre presente de la legitimidad de la Asamblea, esta solución

cit., art. 6, pp. 8-9: « Tous les citoyens étant égaux à ses yeux, sont également admissibles à toutes dignités, places et emplois publics, selon leur capacité, et sans autre distinction que celle de leurs vertus et de leurs talents ». Cf. GAUCHET, Marcel *La Révolution...*, cit.

⁴⁴ VILLETTE, discurso del 10 de noviembre de 1790, en *Actes des séances...*, cit., p. 57: « un simple citoyen, qui fut plus grand que tous les rois de la terre ».

⁴⁵ REGNAUD, intervención del 30 de mayo de 1791, en MAVIDAL, Jérôme y Émile LAURENT (dirs.) *Archives parlementaires de 1787 à 1860. Recueil complet des débats législatifs & politiques des Chambres françaises, Première Série (1787 à 1799)*, tomo XXVI (del 12 de mayo al 5 de junio de 1791), Paul Dupont, París, 1887, pp. 610-611, cita de la p. 611: « cet homme extraordinaire, qui a renouvelé parmi nous presque tous les champs de la littérature, a fait par son exemple une révolution dans l'histoire. Cette révolution, Messieurs, a préparé la nôtre ; c'est le premier titre de Voltaire à la reconnaissance nationale ».

contrajo consecuencias no deseadas, entre las cuales, algunas ni siquiera podrían haber sido previstas por los propios diputados. En efecto, las ceremonias fúnebres revolucionarias contribuyeron a acrecentar el resentimiento que existía entre los sectores ultra monárquicos, y en el mismo rey, contra la Revolución, ya que a medida que avanzaba el tiempo ésta se iba apropiando cada vez más de los atributos que antiguamente habían sido privativos de la monarquía. Por otra parte, la dicotomía entre el Antiguo Régimen y la Revolución, en tanto que discurso auto-legitimador presente en esas ceremonias, redundó, sin ser la intención original, en un desprestigio de la monarquía, especialmente en el contexto político que produjo el episodio de Varennes.

Tal como señaló Ben-Amos, los rituales comportan una dimensión inclusiva a la vez que otra excluyente: “Cada evento que ayuda a integrar una comunidad traza a su alrededor un círculo del que son excluidos todos los que no pertenecen a ella”⁴⁶. Desde esa perspectiva, si bien, como sugiere este historiador, el funeral de Mirabeau fue un genuino, aunque fallido, esfuerzo para lograr una conciliación general, dada la coyuntura política en la que se desarrolló el funeral de Voltaire, no se puede afirmar junto a él que la Iglesia haya sido la única perjudicada por la dimensión excluyente de aquella ceremonia⁴⁷, pues el foco de la exclusión fue también y principalmente la propia monarquía. Evidentemente, aunque en la Constitución del 3 de septiembre de 1791, la Asamblea ratificó al régimen monárquico como forma de gobierno y a los Borbones como la dinastía reinante, poco tiempo antes, el funeral de Voltaire representó una de las tantas muertes simbólicas de la monarquía que se sucedieron a lo largo de todo el proceso revolucionario, y que, sin establecer una relación causa-efecto, allanaron, sin duda, el camino que condujo finalmente a la República y a la ejecución de Luis XVI.

⁴⁶ BEN-AMOS, Avner *Funerals, Politics, and Memory...*, cit., p. 29: “Each event that helps to integrate a community draws around it a circle from which all those who do not belong to it are excluded”.

⁴⁷ Cf. BEN-AMOS, Avner *Funerals, Politics, and Memory...*, cit., pp. 30-37.

Anexo iconográfico

Sin sostener una noción ingenua sobre el archivo iconográfico, la selección de grabados expuestos a continuación permite, no obstante, obtener una idea de la magnitud y del esplendor que caracterizaron tanto al funeral de Enrique IV (Figuras 1 y 2), como a los funerales revolucionarios de 1791 (Figuras 3 a la 8). Aunque, como se ha mencionado al principio del presente artículo, no se pretende aquí analizar los elementos constitutivos de cada una de las ceremonias fúnebres (que para el caso del ritual monárquico fueron tratados de excelente forma en la obra de Ralph Giesey), estos grabados permiten observar las semejanzas más evidentes entre la procesión regia y las procesiones revolucionarias (Figuras 1, 3, 4, 5, 6 y 7). Finalmente, el grabado de la efigie de Enrique IV (Figura 2) y del carro que transportó el cuerpo de Voltaire (Figura 8), permite apreciar y comparar la majestad de los protagonistas de sendos funerales.

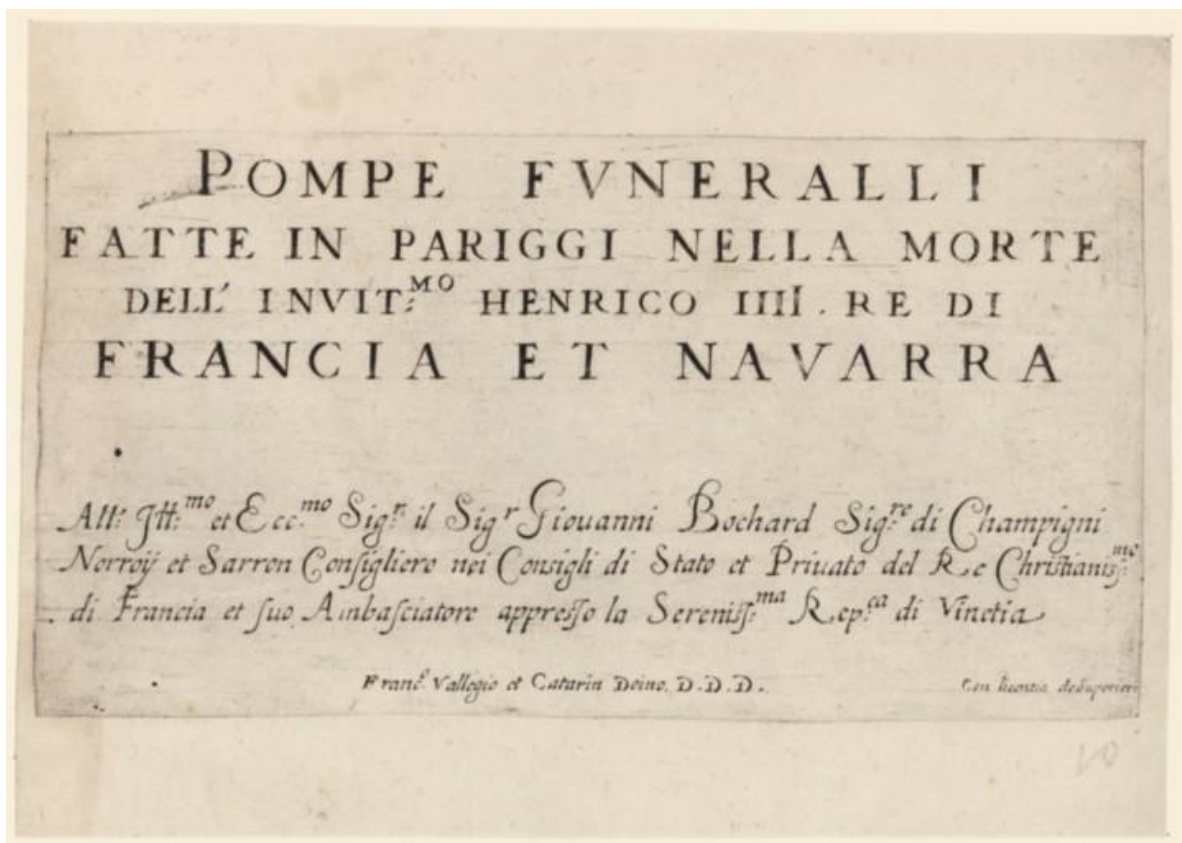


Figura 1-1: Procesión fúnebre de Enrique IV.

Francesco VALLEGIO y Catarin DOINI, D.D.D., *Pompe funeralli fatte in Parigi nella morte dell' invitissimo Henrico III, Re di Francia et Navarra*, 1610, París, Biblioteca Nacional de Francia, Cabinet des Estampes, Hennin XVIII, fols. 31-35.



Figura 1-5.



Figura 1-6: Cortejo del cuerpo de Enrique IV.



Figura 1-7.



Figura 1-8: Cortejo de la efigie de Enrique IV.



Figura 1-9

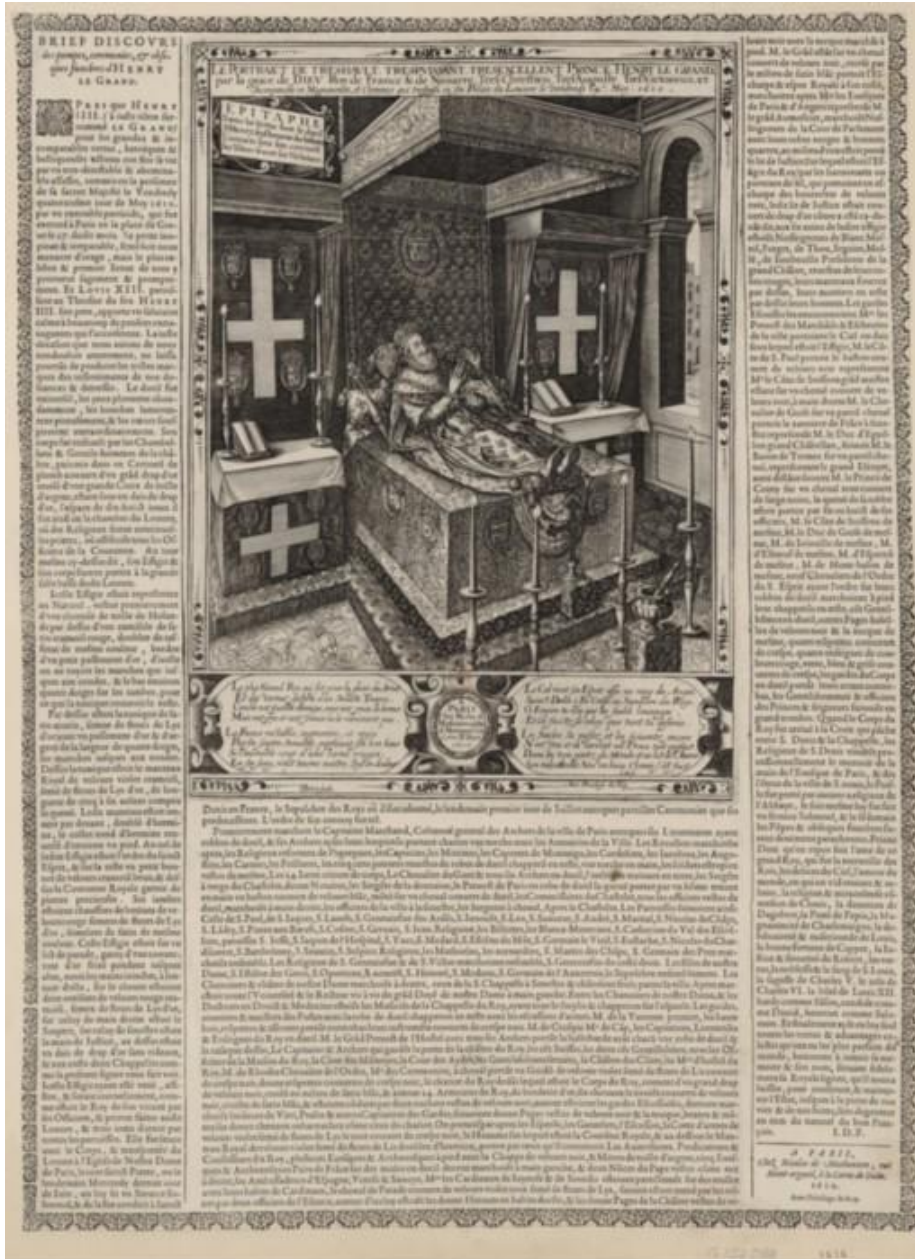


Figura 2: Efigie de Enrique IV en el lit d'honneur.

Isaac BRIOT, *Le Portrait de très hault, très puissant, très excellent prince Henry le Grand, par la grâce de Dieu, Roy de France et de Navarre, très chrestien, très Auguste, très Victorieux et Incomparable en magnanimité et clémence, qui trespassa en son Palais du Louvre, le Vendredy 14.e May 1610, 1610, Paris, Biblioteca Nacional de Francia, Cabinet des Estampes, Hennin XVII, fol. 23.*



Figura 3: Procesi3n fúnebre de Mirabeau.

ANONIMO, *Pompe funèbre du convoi de Mirabeau: aux grands hommes la nation reconnaissante*, 1791, París, Biblioteca Nacional de Francia, De Vinck, 1914.



Figura 4: Pompa fúnebre de Mirabeau.

Pierre-Gabriel BERTHAULT, *Pompe funèbre de Mirabeau: le 4 avril 1791*, 1791, París, Biblioteca Nacional de Francia, De Vinck, 1915.



Figura 5: Procesión fúnebre de Voltaire.

ANONIMO, *Ordre du Cortège pour la Translation des Manes de Voltaire le lundi 11 Juillet 1791*, 1791, París, Biblioteca Nacional de Francia, De Vinck, 4171.

ANONIMO, *Honneur rendue aux manes de Voltaire le 11 juillet 1791*, 1791, París, Biblioteca Nacional de Francia, De Vinck, 4172.



Figura 8: Carroza fúnebre de Voltaire basada en el diseño de Jacques-Louis David.

ANONIMO, *Sercophage qui a transporté les manes de Voltaire au Panthéon le 11 juillet 1791*, 1791, París, Biblioteca Nacional de Francia, De Vinck, 4173.

Buenos Aires, 8 de abril de 2012.